

**Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón
Milán, 20 de febrero de 2019**

*Texto de referencia: L. Giussani, Por qué la Iglesia, Encuentro, Madrid 2014,
pp. 313 a 317.*

- *Along the Jordan River*
- *Il popolo canta*

Gloria

Proseguimos nuestro recorrido sobre la «santidad», afrontando las otras dos características que tiene (además del «milagro»), que son el «equilibrio» y la «intensidad». Han surgido muchas preguntas.

En nuestro grupo de Escuela de comunidad hemos tenido dificultades para comprender qué es existencialmente el equilibrio. En especial, no nos resulta clara la relación entre la unidad y el equilibrio, entre la unidad, que es el síntoma de la eficacia de la Iglesia, en sus distintas declinaciones (unidad de la conciencia, de explicación de la realidad y de planteamiento de vida), y el equilibrio, que es uno de los signos de reconocibilidad de la santidad en la Iglesia. Nuestras preguntas son estas: ¿es el equilibrio una consecuencia de la unidad? El equilibrio, ¿es la unidad que comprende las dimensiones de lo eterno y llega incluso a abrazar la muerte? Te pido que nos pongas algún ejemplo. En cualquier caso, me he acordado del mensaje que nos has mandado para comunicarnos la muerte de tu madre.

Al escuchar los cantos que acabamos de oír, ¿te han sugerido algo que pueda responder a estas preguntas tuyas?

Mmm... sí.

Cuando uno tiene una pregunta es más capaz de captar los síntomas de la respuesta. ¿Dónde has visto el equilibrio y la intensidad en estos dos cantos? Al menos alguna brizna.

En el hecho de vivir la unidad dentro del designio del Padre.

¿Qué tiene que ver? Perdóname, pero ¿en qué momento se habla del «designio del Padre» en lo que hemos cantado? ¿Dónde está el designio del Padre en lo que hemos cantado?

En el hecho de que cada uno esté en su sitio.

Identifícalo en lo que hemos cantado, pues si no es así, cantamos como si fuese simplemente la decoración musical del gesto.

En Il popolo canta, en el hecho de que cada uno esté en su sitio.

«¡Siento la vida que me estalla dentro del corazón!». Y en *Along the Jordan River*, que habla así de los discípulos: «Dentro, en el fondo, un fuego quema sus almas, calienta su corazón [¡estalla!] mientras crece una nueva conciencia: sin Él no son capaces de comprender las cosas; dentro, en el fondo, saben que Él es el Señor». Se trata de una unidad tan potente que es el origen del equilibrio.

Ok, entonces la unidad, el equilibrio...

Antes de cualquier explicación, Jesús hace que sus discípulos tengan experiencia de aquello de lo que después podrán poco a poco llegar a ser conscientes. También a nosotros nos ha sucedido esto –es el motivo por el que estamos aquí; si alguna vez no hubiese estallado nuestro corazón, no estaríamos aquí–, también nosotros vivimos ahora, dos mil años después, la misma experiencia que vivieron los discípulos al principio. Pero queda todavía la pregunta que has hecho: existencialmente, ¿qué quiere decir esto? Los cantos nos han ofrecido ya una sugerencia. Si estamos atentos a todo lo que hacemos en nuestros gestos, en donde los cantos –insisto– no son una decoración musical, se nos ayuda a entrar en las entrañas del contenido del texto. La Escuela de comunidad es un gesto en el que todo habla.

Me impresiona cómo don Giussani y la Iglesia dan un significado tan amplio y verdadero a las palabras que yo uso normalmente, hasta el punto de que me parecen nuevas.

¿Lo veis? En la experiencia las cosas se vuelven nuevas.

Al leer el punto del equilibrio me he visto como catapultada hasta lo más hondo de mi persona. Siempre he pensado que una persona equilibrada es una persona comedida, con una gran capacidad de dosificar sus reacciones de forma adecuada a la situación, una persona sin imperfecciones, una persona que sabe mediar de forma justa, sin obsesiones, etc. En cambio, don Giussani escribe: «Al hablar del equilibrio [...] no quiero referirme a una estabilidad mecánica de los platillos de la balanza en la vida, en las tensiones y pasiones de la existencia, ni a un cálculo de compensación entre las energías del instinto y de la virtud [...]. El origen del equilibrio [...] es, pues, la desbordante riqueza del Ser que [...] se adueña de la humanidad y que le es brindaba a esta para ser libremente acogida como único criterio de la vida» (p. 313).

¿Es este adueñarse de mi humanidad lo que da origen al equilibrio del que habla? El otro día estaba en el trabajo y tuve una encendida discusión con uno de mis compañeros, porque me parecía absolutamente irracional una decisión que se había tomado. Enrocados ambos en nuestras ideas, nos dejamos de mala manera con una imposibilidad de fondo para comprendernos. Mis compañeros, presentes en la discusión, me dijeron: «Tú tienes razón. Estamos de acuerdo contigo». Al subir al coche para volver a casa me dominaba lo que había sucedido y experimentaba también una gran amargura, había algo de mí misma que no me había gustado y que no me dejaba tranquila. A la vez, me llegaban varios mensajes de un pariente mío que me dejaban sin palabras y me llenaban de dolor por las dificultades que está teniendo su hijo. Me quedé sin palabras, paralizada, casi inerte. Me gustaría poder hacer de todo por él, me gustaría apartarle de toda esa dificultad y vivirla yo. Pero después pensé: en el fondo, lo único que deseo es que ese chico pueda ser feliz, ¿y es acaso el dolor sinónimo de infelicidad? En ese instante me vi dominada por una intimidad con el Misterio, y de repente todo se me presentó distinto, como abrazado totalmente en lo profundo, como si me encontrase viviendo de nuevo liberada. Surgió de nuevo el disgusto y la amargura por lo que había sucedido en el trabajo. Me disgustaba que hubiese terminado todo así, en el fondo no estaba de acuerdo con mis compañeros, y si hubiese podido, habría vuelto atrás en ese momento para preguntar a todos: «¿Por qué nos hemos enfadado tanto? ¿Qué tenemos que defender? ¿Qué hemos de ver, que no vemos?», como si en ese momento todo hubiese asumido otro cariz. «El equilibrio se propone y se muestra como una no parcialidad en el compromiso de uno mismo por alcanzar el ideal de la propia plenitud» (p. 314). Pues bien, me doy cuenta de que esto me interesa muchísimo, me interesa poder vivir mi vida de forma completa, y no porque censure alguna cosa de mí, porque atenúe o magnifique algo, sino porque es como si hubiese en mí algo tan totalizante que me permite vivir con plenitud.

Es decir: el equilibrio no es simplemente ser comedidos, no tener imperfecciones ni obsesiones. Este ejemplo tuyo lo muestra: si te enfadas en el trabajo, es evidente que no careces de imperfecciones. De esta situación no sales simplemente con un esfuerzo, sino gracias a una experiencia plena de la presencia del Misterio: «Dominada por una intimidad con el Misterio», pasas de repente de estar llena de amargura a verte liberada, hasta el punto de que no quieres defender nada, no lo necesitas, y te gustaría volver atrás para decir a los demás que habías mirado el problema con parcialidad y sectarismo. El equilibrio del que habla la Escuela de comunidad quiere decir esto en la experiencia. Para describir el equilibrio, Giussani usa la palabra «sobreabundancia»; ella nos hace tan libres que podemos desbloquearnos de todo eso que tantas veces nos bloquea. Libres no por una estrategia, sino por una sobreabundancia. Pero, ¿cuál es el origen de esta percepción de la vida?

En el trabajo de este último periodo en la Escuela de comunidad mis amigos y yo nos hemos quedado muy impresionados por el punto sobre el equilibrio, en particular cuando Giussani dice: «Vivir el misterio de la comunión con Dios en Cristo nos enseña a ver las cosas a través de un valor único, gracias al cual todos los juicios y decisiones tienen su origen en una única medida [...]. Gracias a esto el yo se siente uno con y en todas las cosas, incluso cuando está frente a la muerte» (p. 313). Cuando leímos lo que dijiste en la homilía de tu madre —«siempre que alguien tan querido se va, lo único que cabe, lo único que queda, es la lástima de no poder ir con él»—, nos dijimos: «En Carrón es evidente que Cristo es la máxima plenitud que se pueda desear». Esta posición nos deja al desnudo, nos provoca, nos pone contra las cuerdas, nos obliga a ser leales y a hacer cuentas con nuestra visión de la vida, con nosotros mismos y con la muerte. ¿Cuál es el camino para llegar a esta conciencia, incluso y sobre todo en lo que no comprendemos? Nos damos cuenta de que si nuestra fe no llega hasta aquí, en el fondo seguimos apegados a nuestra idea de cómo deberían ser las cosas.

En lo que has leído, ¿ofrece don Giussani alguna sugerencia sobre el camino para responder?

Ante todo, don Giussani dice que existe esta sobreabundancia.

¿Y cómo se llega a esta sobreabundancia?

A través de un camino de conciencia.

¿Es decir? ¡Vuelve a leer el pasaje de don Giussani que has citado! A veces leemos sin percibir, justamente en lo que estamos leyendo, la respuesta que estamos buscando.

«Vivir el misterio de la comunión con Dios en Cristo nos enseña a ver las cosas a través de un valor único, gracias al cual todos los juicios y decisiones tienen su origen en una única medida [...]. Gracias a esto el yo se siente uno con y en todas las cosas, incluso cuando está frente a la muerte» (p. 313).

El único camino es una relación plena con Cristo. No es que uno tenga que prepararse para la muerte con alguna técnica especial, sino que se prepara para la muerte viviendo la comunión con Dios en Cristo. Y así, frente a la muerte de una persona querida como una madre, uno puede sorprenderse con esta autoconciencia, y no porque sea un supermán o alguien especialmente capaz. No, simplemente porque la familiaridad con Cristo se ha convertido en algo tan decisivo que ya no existe posibilidad de mirar la realidad, de ver las cosas más que referidas a este misterio de la comunión con Dios; por eso uno no puede dejar de pensar en la muerte más que como la posibilidad de participar más —de participar totalmente— en esa relación con Cristo que ya ha empezado a vivir en el más acá. Por ello, mi único disgusto es no poder irme enseguida con ella, y no por una especie de mortificación, sino por la experiencia que vivo en el presente. El camino es el que dice don Giussani: una familiaridad con Cristo que produce un fruto que uno sorprende en sí casi como una sorpresa. Todos los frutos de la participación en la vida de la Iglesia que describe don Giussani no son algo que somos capaces de generar nosotros, no son un

producto nuestro, el resultado de una estrategia nuestra, sino que son precisamente frutos sorprendentes, derivados de «estar en remojo» en la vida de la Iglesia. Es lo mismo que les pasó a los discípulos: desde el primer instante, «along the Jordan river», su alma ardía por un fuego que les permitía adquirir una conciencia nueva de sí mismos. También a nosotros nos explotaba el corazón cuando empezamos a participar en un lugar como el movimiento, la vida estallaba dentro del corazón. Esto es lo único que puede permitir vivir las cosas sin parcialidad, como se decía antes, sin sectarismo en el compromiso con uno mismo. De no ser así, en la vida cotidiana, como me escribe una persona desde el extranjero, cuando se encuentra ante un problema como puede ser la preocupación por la salud, prevalece una inquietud que le hace estar angustiada. Lo único que le saca de esta angustia es la relación con una persona que la cuida, y se sorprende, porque la presencia de Cristo se vuelve tan potente que se siente liberada.

En la parte de la Escuela de comunidad que habla sobre el equilibrio se dice que «el equilibrio [...] es una riqueza, es esa sobreabundancia de la que Jesús dice que “una medida buena, apretada, colmada, rebosante, será derramada en vuestro regazo”, refiriéndose [...] a lo que Dios da a quien asume la misericordia del Padre como criterio de su vida» (pág. 313). Cuando lo leí pensé en ello un buen rato, buscando en mi experiencia qué quería decir.

¡Estupendo! Por fin la comparación con nuestra experiencia empieza a extenderse como método: antes de empezar a darle vueltas a la cabeza, buscar en la experiencia para identificar el valor de las palabras que se leen.

Me sorprendí reconociendo en mí el criterio de la misericordia en la experiencia de mi vocación: cuando vuelvo a mirar los treinta años de matrimonio no puedo dejar de reconocer con sorpresa Quién ha construido dentro de mis límites y de los de mi marido.

¡«Con sorpresa»!

No tengo que negarlos ni olvidarlos, sino que se han convertido en instrumento de una historia guiada por Otro. Sin embargo, si luego me detengo a mirarme en acción en la realidad de todos los días, ya no entiendo qué es este criterio de la misericordia; me parece que corresponde como a una gran amnistía, por la que todo al final se organiza en un genérico y forzado «está bien», incluso cuando hay aristas y contrastes, incomprendiones y dolores. Es como si el equilibrio fuese una resignación. Pero en esa gran amnistía –especialmente para alguien como yo que tiene un temperamento que es poco conciliador por naturaleza– no me siento en paz. Entonces pienso que el equilibrio del que nos habla Giussani es otra cosa. ¿Puedes ayudarme a comprender qué es este criterio de la misericordia usado en la vida cotidiana?

Y tú, que después de treinta años de matrimonio te has sorprendido por haber hecho esta experiencia, cuando te surge la tentación de percibir el equilibrio como una amnistía o como una resignación, ¿qué respuesta puedes dar partiendo de esa experiencia?

Me cuesta realmente unir estos dos niveles.

Exacto, porque hacemos una experiencia de equilibrio, después surge una pregunta, justa, justísima (porque a veces parece que este equilibrio es de nuevo una balanza, una resignación, una amnistía, como si todo fuese lo mismo), pero la experiencia que hemos vivido no nos sirve para afrontarla. En la experiencia que has tenido existe ya un atisbo de respuesta: todos estos años de matrimonio que has vivido, estos treinta años, ¿puedes explicarlos como una amnistía?

¡No!

¿Lo ves? En cuanto te obligo a ceñirte a la experiencia para juzgar tu pregunta, respondes: «¡No!». ¿Es una resignación esta paz que has vivido?

¡No!

«¡No!». No habría sido posible. Treinta años así habrían sido imposibles. Te habrías separado antes.

Exacto.

Por tanto, el equilibrio no puede ser una resignación. Esto es muy interesante, porque no es que a veces no puedan surgir en nosotros ciertas preguntas o cierto descontento, pero debemos afrontarlo y juzgarlo. No puedes irte a la cama sin juzgar si es o no es una amnistía lo que has vivido durante treinta años, si es o no es una resignación lo que has vivido durante treinta años. En caso contrario, es como si dejásemos proliferar el virus sin atajarlo, y entonces nos dejásemos llevar. Pero en tu experiencia el virus ha sido vencido, ¡debes tomar conciencia de ello! Entonces te das cuenta de que no es ni una amnistía ni una resignación, porque –llamemos al pan pan y al vino vino, no estamos aquí para medias tintas–, incluso con un temperamento poco conciliador, has vivido treinta años de equilibrio. La misericordia forma parte de lo que hemos repetido en otras ocasiones: al vivir sorprendemos en nosotros esta sobreabundancia, por la que «se subraya lo positivo, incluso en su límite, y se abandona todo lo demás a la misericordia del Padre» (L. Giussani, S. Alberto y J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 1999, p. 146). Empezamos a tener una mirada llena de misericordia, conscientes de que el designio de Dios se cumple con el tiempo, no de una vez por todas. Es un camino que hacemos, por muy lleno de límites que esté.

Es sorprendente cómo, a pesar de mis resistencias, Él vuelve siempre a aferrarme. Al leer el punto sobre el equilibrio me he dicho: «Está bien, después de la santidad y el milagro esto es fácil. He comprendido a qué se refiere con equilibrio, es decir a ese plus que procede únicamente de vivir dentro de la relación con Cristo». En este periodo, sin embargo (no por casualidad) me está costando hacer experiencia de qué quiere decir vivir la relación con Cristo. Sobre todo me llenan de dolor algunas relaciones en las que digo: «Pero, ¿por qué no te veo, Señor, en esta relación?». Me doy cuenta de que yo estoy por completo dentro de esta relación, sin ella no podría decir ni siquiera mi nombre. Pero al ser una relación, se me pide que la viva, no que la comprenda. Exactamente como sucede en la relación con mi marido. ¿De qué me serviría comprenderla? Yo deseo vivirla. Un amigo muy querido enfermó gravemente y yo inmediatamente me enfadé, porque pensaba que no era justo. Durante un mes no fui capaz ni siquiera de visitarle, estaba muy enfadada con Dios.

Sucede de todo dentro de la complejidad de la vida. No hay que asustarse.

Entonces un día que estábamos haciendo la Escuela de comunidad, retomamos la intervención de la última vez en donde se decía que todo, todo, incluso el límite, la tristeza, todo puede ser ocasión para mi relación con el Misterio. Al terminar la escuela fui a ver a una amiga llorando y le dije que estaba enfadada por la enfermedad de nuestro amigo. Ella me repitió que todo, incluso mi enfado, podía ser ocasión de relación con Cristo, y que no importaba cómo estaba yo, importaba que fuera hasta el fondo. Entonces, después de algunos días, me armé de valor y escribí a mi amigo contándole todo lo que había vivido con respecto a su enfermedad, el enfado, ¡y él me dio las gracias! Increíble. Me dijo que era un espectáculo que yo pudiese hablarle así, que fuese yo misma y que me pusiese en juego así en esa relación. El sábado siguiente me invitó a ir a su casa a cantar con algunos amigos. No te puedes imaginar la belleza de los cantos que hicimos juntos, improvisados, ¡pero más bonitos que cuando a veces los preparamos! Aquella tarde se me hizo evidente qué es el equilibrio del que habla el texto. Es un plus, una sobreabundancia de la que soy objeto. Pero para darme cuenta de esto he tenido que mantenerme en esa relación, incluso enfadada, pero en relación. Evidentemente, no se ha resuelto nada, no ha desaparecido el dolor por el amigo y tampoco el suyo, pero dentro de la relación con Cristo todo es más verdadero para mí.

Es el camino por el que se preguntaba antes. No es que, como hemos empezado este camino, entonces se nos ahorren los golpes de la vida. Si no vemos vencer a Cristo en todas las

vicisitudes de la vida, si estamos derrotados en estas vicisitudes, antes o después nos volveremos escépticos; y entonces todo va bien cuando estamos en la Escuela de comunidad, está bien cuando hablamos entre los amigos, pero después, frente a los desafíos... Que Dios no nos los ahorre es la única modalidad a través de la cual podemos ver la victoria de Cristo. Por eso, o empezamos a amar nuestra humanidad tal como es —«¡qué humana es mi humanidad!»—, una humanidad que se enfada, que no se resigna, que no hace una amnistía frente a lo que no entiende, sino que es leal hasta el fondo consigo misma, o estamos acabados. Es ahí, precisamente ante tu dolor, donde empieza lo más hermoso porque, como nos sugiere don Giussani, se trata de una oportunidad para vivir la relación con Cristo: «Vivir el misterio de la comunión con Dios [...] nos enseña a ver todas las cosas» a partir de esta relación. No es que tú tengas que resolver antes el problema del enfado y después empezar la relación con Cristo; tú te relacionas con Él con tu enfado, tal como eres, con tu humanidad, con tus heridas, con tus impaciencias, con tu dificultad, y ahí sucede la sorpresa: una sobreabundancia. Si la pudiésemos generar nosotros, ¿por qué tendríamos que tener necesidad de Él? La sobreabundancia aparece en medio del dolor, y no porque las cosas de repente vayan bien, sino porque está Cristo; menos mal que estás, Cristo, y yo, independientemente de mi situación, puedo entrar en relación contigo. «El origen [el origen, que nunca debemos perder] del equilibrio que tiene la santidad cristiana [como ya hemos leído] [...] es [esta] desbordante riqueza del Ser [esta sobreabundancia; mirad qué palabra utiliza don Giussani] que [...] se adueña de la humanidad» (p. 313). Se adueña del enfado de nuestra amiga, de su humanidad, y le hace cambiar de actitud hacia sus compañeros, hasta el punto de que le gustaría dar marcha atrás y volver con ellos. Se adueña del enfado porque un amigo está enfermo. Se adueña del enfado de la otra amiga a la que le cuesta distinguir el equilibrio de la resignación. Nos hace abrir nuevamente la mirada, liberándonos de nuestro sectarismo, de nuestra forma parcial de vivir las cosas. Pero a uno le gustaría llegar enseguida —¿verdad?—, y se sorprende de que su vida sea un vaivén.

Cuento un hecho pequeño, pero que me ha puesto de nuevo en camino. Hace algunas semanas una compañera mía me hirió mucho midiéndome de forma injusta. Me hundí en un agujero negro, perdiendo mi rostro. Me pregunté: «Entonces, ¿quién soy yo si ella solo ve esto de mí?». Empecé a preguntar a las compañeras con las que más relación tengo: «¿Pero vosotras veis esto de mí?», empeorando cada vez más la situación.

¡Atención! Es muy bonito este paso: cree que puede salir de ahí con su propia estrategia y se encuentra peor que antes.

De hecho...

«De hecho».

De hecho no solo empecé a medirme yo misma (tratando de evitar ciertas actitudes mías para no enfrentarme), sino que empecé a medirla también a ella y lo que hacía.

¡Perfecto!

Resultado: me sorprendí afligida y entristecida. Y ya no sabía por dónde volver a empezar. Después leí el pasaje de la Escuela de comunidad que dice: «El origen de tal riqueza es una conciencia decididamente orientada hacia Dios [...]. Nos enseña a ver todas las cosas a través de un valor único, gracias al cual todos los juicios y decisiones tienen su origen en una única medida [...]. Una sola Realidad como criterio, medida y modo tiñe con su luz todas las cosas» (p. 313). Pues bien, leyendo estas líneas me di cuenta de que lo que deseaba era tener esa mirada, más que cualquier otra cosa, más que esa medida, porque mi intento de analizarme a mí misma y a mi compañera solo me había afligido. Y reconocí que en mi vida ese criterio único existe ya en un lugar y con rostros precisos. De hecho, cuando en aquellos días volvía ahogada al piso, la verdad con la que mirábamos algunas cuestiones me devolvía mi rostro y

volvía a despertar en mi corazón el deseo de mirarlo todo con esa verdad, ¡incluso a mi compañera! Sin embargo, dentro de este reconocimiento, vivo todavía un vaivén entre momentos de libertad y momentos de bloqueo. Quería preguntarte: ¿cómo es posible volver a partir de ese criterio único en cada momento?

Antes que nada, ¿qué quiere decir «vaivén»?

Que a veces soy libre y a veces estoy bloqueada.

Por tanto, existen ya momentos en los que eres libre.

Sí.

Existe ya esta libertad en tu experiencia. En cuanto a lo demás, allí donde todavía te falta libertad, es una ocasión para verificar si lo que has vivido en algún momento de tu experiencia te sirve para afrontarlo todo, y para que puedas alcanzar una certeza sobre el hecho de que no vale solo en algunas situaciones, sino en todo, según un criterio único. Acabas de usar una frase de la Escuela comunidad: «El origen de esa riqueza es una conciencia decididamente orientada hacia Dios» (p. 313). Démonos cuenta de que don Giussani nos está situando constantemente frente al único criterio: una relación. Lo llama «conciencia decididamente orientada hacia Dios», «vivir el misterio de la comunión con Dios», «la desbordante riqueza del Ser», la relación con el Ser; son todas ellas modalidades distintas de describir este criterio, el mismo criterio con el que empezó la historia «along the Jordan river», a lo largo del río Jordán: aquellos dos vivieron una relación con Alguien que introdujo para siempre en la historia esta pasión, este fuego que arde dentro del corazón y del que nosotros seguimos participando; de hecho, sentimos que la vida nos estalla dentro del corazón. Esto está al alcance de todos, no depende del temperamento o de una estrategia, sino de cuánto participamos en esta relación, de cuánto crece en nosotros una conciencia «decididamente orientada hacia Dios». «No es [...] el equilibrio que se podría alcanzar por medio de técnicas orientadas a dosificar con sapiencia las fuerzas que hay que poner en juego; es el equilibrio del *homo viator* [del hombre en camino], es una dinámica destinada a hacer que el camino resulte más concreto y más completo, que la peregrinación por esta tierra sea más plena, ya que a nuestro lado se ha puesto, caminando junto a nosotros, Aquel cuya plenitud explica la vida y la dispensa a manos llenas: “¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino?”» (p. 315). Si a los discípulos de Emús se les hubiese ahorrado esa tristeza después de la muerte de Jesús, ese volver a casa desilusionados – «Nosotros esperábamos que..., pero...»–, al haberse encontrado con Él por el camino no habrían sorprendido en ellos esa esperanza única: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino?». Por tanto, la única cuestión es que estemos atentos. ¿Por qué es importante prestar atención? Porque «se puede pasar junto al milagro, el equilibrio humano o la intensidad de la experiencia de santidad que hay en la Iglesia [en donde Cristo actúa] con una actitud perfectamente ajena a todo ello [sin verlo, y no porque no suceda, sino por nuestra extrañeza]. Ahora bien, eso significaría no haber querido pasar por la criba auténtica de la propia experiencia las características que tiene la Iglesia» (p. 316). Giussani también nos ayuda en esto: «Para “ver” [para ver; no se trata de imaginarnos lo que no existe, sino de ver, de poder darnos cuenta de lo que hay], y para creer, los ojos [los ojos, no la imaginación, no la fantasía, no los sueños: ¡los ojos!] tienen que saber posarse sobre su objeto con una mirada que esté animada por un mínimo de capacidad de sintonía» (p. 316). Aquí es donde se juega todo, en esta simpatía que nos hace captar Su presencia en los signos, en las características de la santidad cristiana, en los frutos de Su presencia que tantas veces se nos escapan. Esta es la condición – dice Giussani–: no hace falta una capacidad especial para captar estos signos, basta esta simpatía, que es la «condición natural de cualquier conocimiento [...]. “El amor da ojos, el hecho de amar hace ver”» (p. 316). Es lo contrario de cualquier moralismo, de cualquier autoconvencimiento, de cualquier estrategia. Es fácil: basta con amar para ver, porque el milagro es

la modalidad con la que Dios cuida de nosotros. Lo han visto sobre todo nuestros amigos florentinos en Caterina Morelli, una amiga perteneciente a la Fraternidad que ha muerto recientemente. Después del funeral, uno de ellos me escribía: «Me ha impresionado no solo cómo ha estado presente la Escuela de comunidad en estos días, sino que diría que sin ella me habría perdido muchas de las cosas que, en cambio, he visto». Esta es la ayuda que nos ofrece la Escuela de comunidad: no hace que nos inventemos las cosas, sino que nos ofrece la oportunidad de ponernos en la actitud justa para ver lo que está sucediendo (nuestro amigo dice: «He visto», no: «He imaginado, he creado, me he auto convencido», sino: «He visto»). «La santidad: creo que ha sido la cosa más evidente para todos. Me ha confortado mucho estar delante de Caterina pensando que estoy delante de una santa. Evidentemente, esto no ha eliminado ni el dolor, ni la pregunta, ni la desproporción de lo que había sucedido [no era algo que se hubieran inventado, no era una ficción], pero delante de ese cuerpo antes enfermo (enfermo: algo que el mundo rechazaría, descartaría, tataría) resonaban triunfantes los signos de la santidad como nos está enseñando don Giussani en este período. El milagro: nadie puede decir que no haya sucedido un milagro, esta vez verdaderamente lejos de cualquier imaginación. En los días, meses, años pasados [no es un momento de exaltación colectiva, de ilusión general; una ilusión general no puede durar días, meses, años] todos rezábamos siempre pidiendo “otra cosa”, porque –no nos engañemos– todos esperábamos un signo potente del cielo que le diera la vuelta al inexorable fin... Pero todos nos hemos sorprendido delante de algo nunca visto, inimaginable un instante antes: el milagro de un pueblo que se ha despertado [¡despertado!], que se ha movido, que incluso empezaba a pedir para sí un trocito de ese algo grande que estaba sucediendo en esa chica. El equilibrio: nos dice don Giussani que el equilibrio no es una estabilidad de la vida, sino una riqueza de la vida que nace únicamente de la sobreabundancia de las cosas que se nos han dado. Pues bien, Caterina nos ha hecho ver que la vida equilibrada, es decir, la vida unida, viene únicamente del abrazo a las cosas que nos suceden: ¿A quién no le gustaría vivir las pequeñas y grandes batallas con la mirada de Caterina en los ojos? ¿Quién no desea para sí esta mirada capaz de abrazar la vida y la muerte? La intensidad: esto solo lo he entendido bien en el funeral: una intensidad de relaciones que se habían generado, de vida vivida, incluso de enorme dolor, una intensidad que ha rasgado el cielo y nos ha hecho percibir con los ojos llenos de lágrimas que la vida no puede terminar cuando el cuerpo enferma, cuando el corazón deja de latir». Por tanto, «la voluntad de Dios hace la vida no solo soportable, sino que la hace plena, perfecta, porque rendirse a la voluntad de Dios es lo único que cuenta en la vida, y los santos son un punto luminoso en una noche oscura. “Nunca te olvidaré”». Esto es lo que podemos ver cuando aceptamos que prevalezca esa simpatía, ese amor por lo que vemos suceder ante nuestros ojos.

Hay una última pregunta, que ha mandado una persona que no ha podido venir por motivos de trabajo y que planteo aquí: «¿A qué se refiere don Giussani con la palabra “intensidad”?».

No tengo ni idea de qué es lo que me está pasando. Encontré el movimiento hace muchos años, puedo decir que he vivido una experiencia intensa en el movimiento, tuve la suerte de conocer personalmente a Giussani, después me gradué, me casé, tengo una familia estupenda, un recorrido profesional bastante bueno. He vivido también muchos años de olvido, dedicado a otras cosas. Pero siempre he permanecido aquí, agarrado a las personas (mi mujer, mis amigos más cercanos) que el Señor ha puesto a mi lado. Hoy vivo una verdad y una conciencia que casi había olvidado. Digo «casi» porque, en el fondo, no se puede olvidar cuando uno se ha encontrado algo. Hoy todo lo que hago está impregnado de Su presencia. No existen momentos que no lo estén. Ahora bien, no me ha pasado nada extraordinario, no es que volviendo a casa de la oficina me haya caído del caballo –sobre todo porque viajo en coche, ¡en la tangencial no

te puede pasar esto!–, pero todo en mis jornadas se vuelve excepcional. Día tras día, todo ha sido así. ¿Haciendo qué? Simplemente siguiendo el movimiento, no he hecho otra cosa. Podría contar muchos episodios –podría contarte sobre la relación con mis tres hijos, sobre lo que ha cambiado, sobre la mirada de mi mujer, sobre la relación con mi jefe, sobre la curiosidad que tienen mis compañeros cuando me ven por la mañana, antes de empezar a trabajar, en una esquina de la oficina leyendo la Escuela de comunidad (y entonces empieza un diálogo)–, con un denominador común único: Jesucristo. No hay otra cosa. Mi vida está inevitable y milagrosamente implicada con Él. Después de una discusión, pues Dios lo usa todo, ha nacido una espléndida conversación con una de mis hijas, que es adolescente. Después de esta conversación me escribe a lo largo del día: «Gracias papá. Ha sido bonito, verdadero y útil». Ahora bien, las cosas verdaderas solo son posibles si estás delante de esa Presencia. Es útil porque me sirve a mí, y por tanto Le sigo, como ha pasado en estos años. Y te juro que no decido cambiarme a mí mismo, imagínate si soy capaz de cambiar las circunstancias, que son las de siempre, con las alegrías, los enfados, las dificultades, los riesgos (porque la vida también está llena de riesgos). Y sin embargo en este momento, lo único que me resulta claro es que estando delante de esa Presencia, estando junto a esta Presencia, nada me da miedo. Puede suceder lo que sea, pero nada me da miedo. Añado: ni siquiera la muerte. Porque ante el pensamiento de la muerte antes, aunque fuera de CL, un mínimo de angustia sí tenía, quizá no angustia, pero por lo menos preocupación. Ahora ya no es así.

Esta es la intensidad que puede llegar a adquirir la vida. Tiene un origen que casi habías olvidado, pero que ahora domina en tu jornada. ¿Qué se necesita? ¿Qué ha producido esta excepcionalidad? Simplemente el hecho de seguir el movimiento. Pero, ¿nos creemos todavía que seguir con esta conciencia el movimiento puede traer a la vida una intensidad así? Una intensidad que le hace sorprenderse a uno de que, en muchos episodios y hechos, el denominador común, lo que les da unidad, el criterio único es Cristo, con el que la vida está totalmente implicada. Por eso la conversión no es una decisión de cambiarme a mí mismo, de producir un cambio en mí mismo; es simplemente sorprender nuestra persona cambiada siguiendo a Otro. ¿Qué quiere decir esta intensidad? Dice don Giussani: es «una “tensión hacia” [...] [es una] “tensión”, porque si la intensidad es una riqueza, esta riqueza fluye hacia tu interior desde algo a lo que te abres, a lo que tiendes, hacia lo que te diriges [esa Presencia a la que tendemos] [...] ¿Hacia qué tenemos que tender para que afluya a nosotros esta riqueza que nos hace intensos? [...] Una riqueza es tal en la medida en que sentimos y vivimos nuestra existencia como *destinada a*. Me gustaría detenerme, por primera vez, en lo que acabamos de decir: ¿tender a qué? Para ser intensos, ¿hacia qué debemos tender? [...] La intensidad [...] es el apremio por la gloria de Cristo. La gloria de Cristo es Cristo que se manifiesta como la consistencia de cada cosa ante la mirada y el corazón de cada hombre. Y esto no solo no nivela o aplanas todas las cosas como si se tratase de un rostro homogéneo, sino que exalta la individualidad irreductible de cada cosa, su personalidad irreductible», como hemos visto. Que esta intensidad pueda vibrar en nosotros, como vibra en ti por tu hija y por tus compañeros; y como ha vibrado en la amiga a la que le gustaría volver a ver a sus compañeros de trabajo para contarles lo que le ha pasado. La intensidad es esta «pasión por el mundo, el ansia, el dolor porque los hombres no conocen a Cristo [...]: “Porque Cristo no es reconocido”» (L. Giussani, *Vivendo nella carne*, BUR, Milán 1998, p. 258, 259, 261), y entonces tenemos dentro una tensión por comunicarlo. Pero, ¿por qué uno tiene esta tensión por comunicar a Cristo? Porque se nos ha dado gratuitamente y urge dentro de nosotros; es tan bella la vida, que uno quiere comunicárselo a los hijos, a los compañeros que los que se encuentra por el camino. Esperemos poder comunicar esta intensidad, que no es otra cosa que la victoria de Cristo en nuestra vida. En este momento en que el miedo domina, la confusión golpea y el nihilismo parece prevalecer,

nosotros nos hemos encontrado esta noche para hablar de la desbordante riqueza del Ser y de la vida, que acontece cuando uno sigue con sencillez lo que le ha sucedido.

La próxima Escuela de comunidad tendrá lugar el miércoles 20 de marzo a las 21 horas. Después de haber trabajado sobre la unidad y la santidad, abordaremos los otros dos «frutos» de la presencia de Cristo en la vida de la Iglesia: la catolicidad y la apostolicidad, de la página 317 a la 324.

El número de Tracce de febrero tiene como título «La aventura del diálogo». En el contexto en que vivimos, en donde todo parece estar determinado sobre todo o solo por las reacciones, podemos mirar la experiencia en acto de muchas personas que reconocen la necesidad de un diálogo justamente a partir de lo que tenemos en común. Lo podéis descubrir en los muchos hechos que se describen en este número de la revista, en especial en los encuentros que se han producido en Egipto durante la presentación de *La belleza desarmada* en la Biblioteca de Alejandría. Es asombroso que este gesto casi no programado, pero que ha sucedido, haya tenido lugar un mes antes de lo que hemos visto hacer al Papa en Abu Dhabi: un momento de diálogo con un mundo que parecería extraño, y que, en cambio, ha promovido y acogido una iniciativa como la que hemos visto en Alejandría.

Dentro de quince días comienza la Cuaresma. Cada año la Iglesia nos propone esta ocasión para tomar entre las manos nuestra vida, nuestra jornada, y para que cada uno pueda preguntarse: «¿Estoy siguiendo a Jesús dentro de la historia en la que se me ha presentado? ¿En qué signos veo que le estoy siguiendo?».

Utilicemos este tiempo que se nos ofrece y se ensanchará nuestro horizonte.

Veni Sancte Spiritus